

material y para la conservacion de la salud de los órganos, ya indicamos anteriormente que nos reserváramos tratar este punto cuando hubiéramos de presentarlo como uno de los deberes del hombre con relacion á su existencia moral. Es verdad que la parte moral se halla tan íntimamente enlazada con la parte física, y ambas tan en igual grado sometidas á la accion de la voluntad, que escoge del mismo modo para una y para otra entre el bien y el mal moral, que casi no era necesaria aquella reserva. Debemos observar, sin embargo, que el trabajo necesario para la existencia física es cosa del instinto mas bien que del raciocinio: los animales propiamente dichos están obligados, del mismo modo que el hombre, á ejercer su voluntad para procurarse los medios de subsistencia y atender á otras necesidades propias de su organizacion; pero como ninguno de ellos está dotado de inteligencia, no conocen la necesidad de cultivarla y de procurarle, lo mismo que al cuerpo, nuevos y continuos alimentos. Por eso nos parece mas acertado considerar al trabajo tal como debe ser bajo el punto de vista de la existencia moral.

XXXIII. Sucede con el alimento del espíritu como con el del cuerpo, que es necesario procurárselo para tenerlo, como antes hemos dicho: pero hay entre ambos la notable diferencia de que mientras este último no puede tomarse sino en cierta cantidad, el primero no es nunca escesivamente abundante: cuanto mas sabemos, mas conocemos lo mucho que ignoramos: cuanto mas nos instruimos, mas ardemos en el deseo

de ensanchar esta instruccion. El trabajo no debe, pues, considerarse como un deber limitado á ciertas circunstancias: es por el contrario, un deber de todas las circunstancias y de todos los instantes: es, para decirlo en una sola palabra, la actividad misma; porque á la manera que los órganos sin actividad están muertos, la inteligencia sin actividad carece completamente de vida. Los ociosos no son por lo general personas que no se dedican á ninguna clase de trabajo, sino personas que se consagran á un trabajo que no tiene ningun objeto útil. Los perezosos mismos, á pesar del cuidado que ponen en huir del trabajo, trabajan á veces no poco; y si aquel trabajo es infecundo, mas infecundo todavia que el de los ociosos, consiste en que en lugar de tener un objeto positivo, aunque mal entendido, como el de estos últimos, ó en vez de proponerse un fin de utilidad manifiesta, como el del trabajador verdadero y del hombre inteligente y activo, tiende constantemente hácia un fin negativo. En la gran máquina del universo todo trabaja sin que se encuentre el reposo en ninguna parte; mas para hacer llevadero el cansancio de esta incesante actividad, ha puesto Dios en el trabajo una tractiva irresistible.

Estas dos palabras reunidas, *atractivo* y *trabajo*, no deben hacer creer á nuestros lectores que participamos de la opinion de los que aplicando á lo particular lo que no puede decirse sino de lo general, pretenden que el atractivo no se halla precisamente en el trabajo, sino que existe para cada individuo en tal ó cual especie de trabajo con exclusion de las demas; de ma-

nera que considerando este sistema bajo el aspecto sério y llevándolo hasta sus últimas consecuencias, podriamos suponer una reunion de hombres sucumbiendo bajo el peso de su misma impotencia, muriendo de laxitud y de inanicion, despues de haberse cansado en ensayar, cada uno por su parte, qué clase de trabajo tenia para él un atractivo decidido. El atractivo de que hablamos aquí, consiste en esa curiosidad que apenas satisfecha de una cosa pasa á otra, no distinta de la primera, sino que sea una continuacion, una consecuencia lógica de ésta.

XXXIV. Trabajemos, pues, y procuremos instruirnos: jamas haremos ni sabremos lo bastante, porque á medida que el trabajo dilata el horizonte de nuestra inteligencia, la idea de Dios se engrandece en nosotros y nos engrandece con ella.

XXXV. Pero como que aquí y en todas las cosas del mundo andan mezclados el bien y el mal, y la eleccion es ya enteramente á nuestro arbitrio, debemos observar una gran prudencia, si no en el número, al menos en la clase de instruccion que debemos procurarnos. El agricultor entendido consulta la posicion y calidad de los terrenos para emplearlos en la clase de cultivo que le parece mas á propósito segun ellos: nunca planta en la cima de las montañas, lejos de las fuentes y bajo la influencia de un sol abrasador, los arbustos delicados que aman la sombra y la frescura de las aguas; siembra en terreno arenoso el cáñamo y el lino que necesitan una tierra sustanciosa y beneficiada: hagamos, pues, respecto de nuestra inteligencia,

lo que vemos hacer respecto de los productos materiales.

Se cree vulgarmente que en estudiar una, dos ó mas ciencias consiste toda la instruccion, y que ésta ha llegado á su colmo cuando se ha adelantado lo posible en el estudio de las que se han emprendido. Todo esto, sin embargo, no es nada en la realidad. Quizá se sabe mucho despues de haber hecho este estudio; pero ¿se conoce por ventura lo que conviene á la posicion particular en que constituyen á cada uno en el mundo mil antecedentes personales y de familia que le obligan á caminar en un sentido cuando pensaba dirigir sus pasos en otro muy diferente? Hé aquí, sin embargo, lo mas interesante de todo.

XXXVI. Estender el horizonte de su inteligencia ó instruirse, es averiguar las causas de aquellos efectos que obran inmediatamente sobre nosotros, y reflexionar detenidamente sobre estas causas y efectos: es ademas inquirir los métodos mas sencillos y útiles para la ejecucion de los trabajos que tenemos á nuestro cargo: es asimismo saber juzgar de los instrumentos que en ellos se emplean, y emplearlos de modo que saquemos de ellos el mejor partido, porque ya sean nuestros trabajos intelectuales ó materiales, ya sea que empleemos en ellos los libros ó el martillo, el resultado es el mismo en su fondo, sin mas diferencia que en el primer caso la instruccion proporcionada á las necesidades no inspira sino una legitima confianza, y nunca aquella ridícula y desgraciada vanidad, que es el tormento de algunos hombres imprudente-

mente iniciados en ciertos secretos que solo debe conocer una pequeña parte de ellos.

XXXVII. No hace mucho tiempo que una opinion presentada con habilidad á falta de elocuencia, opinion que no puede nunca afectar las pretensiones de un sistema filosófico completo, procuraba hacerse lugar y amenazaba nada menos que destruir la economía de la obra de Dios. Esta opinion era una consecuencia de cierto sistema metafísico traído de mas allá del Rhin, segun el cual el universo todo entero y el mismo Dios, están contenidos, no por partes ni extractos, sino en resúmen, en la mas mínima de las partículas de los seres del universo, y por consecuencia de la cual puede afirmarse que todo se encuentra en todo. Desaparece, pues, la desigualdad de la inteligencia, y adelantando un paso mas no existen el bien, el mal, la libertad ni ninguno de los grandes móviles de las determinaciones de nuestra alma. El ridículo hizo prontamente justicia á tan extravagante exageracion.

Esto no era en efecto sino una exageracion, como lo son generalmente los sistemas metafísicos mas extraordinarios, los que se encuentran en oposicion mas abierta con la comun esperiencia filosófica, es decir, con el buen sentido. Todos parten de una idea verdadera en sí misma, pero que elevan á la altura de principio fundamental cuando en realidad solo puede tener el carácter de consecuencia mas ó menos secundaria; deduciendo luego de esta consecuencia aislada y separada de su principio otras consecuencias que se elejan cada vez mas de la verdad. Es lo mismo que sucede en un cálculo matemá-

tico donde una fraccion omitida ó mal reducida puede conducirnos á resultados cuya falsedad salta á la vista del aritmético mas ignorante, pero que sin emtargo es invisible para el sábio fascinado por el error de su cálculo.

Es muy cierto que hay en *todo* algo de *todo*, algo que lo recuerda *todo*, que hace del *todo* una sola unidad en último análisis.

En efecto, siendo imposible dejar de conocer que el universo es obra de una inteligencia, que esta inteligencia no ha obrado sino en virtud de un gran pensamiento, y que este pensamiento no podria ser contradictorio en sí mismo, es necesario que cada una de las partes del universo tengan en sí un punto que las enlace con las demas. Podemos pues, decir, que en *todo* se encuentra *de todo*, lo cual es muy distinto de afirmar que *todo* se comprende *en todo*.

Esto nos ha separado algun tanto de nuestro asunto, pero se enlaza íntimamente con él. Deciamos que la instruccion que debe adquirirse no consiste en las mismas porciones de ciencia para cada uno, y de aquí deduciríamos naturalmente que no es acertado el que todos los padres empleen sus fortunas en hacer á sus hijos abogados, médicos, literatos, por mas que la práctica de las letras tenga algo que se asemeje á un estado.

Pudiera decirse que esto se halla en contradiccion con lo que precede, donde hemos dicho que el hombre no sabe nunca lo bastante, y por eso nos importaba hacer ver cómo estando todas las cosas enlazadas unas con otras, no es necesario que los entendimientos se dediquen

con igual ardor al estudio de todas las ciencias para que todos puedan aprovecharse del resultado de sus progresos. La ciencia, la verdadera y la buena ciencia, la que realmente hace progresar á la humanidad, es como la luz: el que la hace brillar no puede impedir que se difunda inmediatamente en derredor suyo.

XXXVIII. El mal de no escoger aquella instruccion que nos es mas adecuada y conveniente no tiene por único resultado la inutilidad de todos nuestros esfuerzos; es ademas una de las causas mas activas de nuestras desgracias y sufrimientos. Si la ciencia es infinita, el entendimiento del hombre es infinito. Por mucho que se exalte, no aumentará jamas su poder y su estension mas allá de los límites que Dios le ha prescrito: cuando el hombre equivoca el objeto de sus especulaciones, cuando no puede llegar en la ciencia al punto en que divise el camino que sus esfuerzos le han permitido recorrer y la inmensidad del terreno que aun le resta descubrir, el desfallecimiento se apodera de su espíritu y tras él viene la desesperacion que convierte en veneno el amargo cáliz de la vida.

XXXIX. Esta última palabra, la vida, despierta en nosotros las mas serias y profundas meditaciones.

La vida, no entendiendo por esta palabra ese algo indefinible que conserva las diferentes porciones de nuestro sér en el estado individuo, no esa parte que cada uno de nosotros ocupa en la duracion del tiempo, sino el papel que cada uno se apropia bien ó mal y que repre-

senta mientras permanece como individuo: la vida, ese enigma inesplicable para el materialista, y esa transicion de un lugar ignorado, por estar enteramente olvidado, á otro lugar conocido á fuerza de ser deseado por el que cree en Dios y en la inmortalidad del alma: la vida y sus infinitas fases y circunstancias, es lo que nos importa prever y poner en orden, si queremos hallarnos en disposicion de hacer el bien con la frecuencia posible y ser por consiguiente felices.

XL. Mucho se tiene adelantado para conseguir este fin con saber dominar las tendencias morales y el carácter, de manera que solo se reciban del contacto de las cosas exteriores impresiones exactas y verdaderas. Mucho mas es todavia el haberse instruido lo bastante para poder raciocinar sobre las impresiones y deducir de ellas legitimas consecuencias. Pero no todo consiste en esto, porque nuestro destino no es únicamente el de producir impresiones, sino tambien el de recibirlas. Nuestra vida no se halla consagrada á una ociosa contemplacion: y así como para que tenga una significacion en el mundo, debe tener un objeto fuera de ella misma; así tambien para tener su moralidad y su utilidad constante, debe tener un fin en sí misma, un fin general, del cual nacen otros tantos fines secundarios para cada uno de sus actos.

El hombre que está penetrado de la sublimidad de su origen, se propone el bien en vista de la eternidad que debe seguir á esta vida y en seguida mira en derredor suyo para recono-

cer el camino que debe escoger á fin de llegar con mas seguridad á aquel término de sus afanes: á medida que adelanta en él, va señalando á menores distancias los puntos que habrá de atravesar. Hé aquí sencillamente explicado lo que se entiende por sistema ó método de conducta.

XLI. La gran dificultad consiste en reconocer este camino y en determinar en él los puntos intermedios.

En la juventud se vive sin saberlo y sin tener tiempo de percibirlo. El pasado no existe todavía, el presente está todo en el porvenir, y el porvenir no es mas que un paisaje que muda de aspecto segun los caprichos de la imaginación.

En la edad madura existe ya el pasado; pero generalmente no nos manifiesta sino los escollos en que hemos naufragado durante nuestras primeras correrías. El presente nos absorbe, y el porvenir se acorta y se reconcentra por la impaciencia de la ambición.

La ancianidad se refugia en el presente para mirar á lo pasado: el porvenir no es mas que un recuerdo que se presenta bajo las formas de la esperanza.

Y así se muere sin haber vivido, por no haber sabido usar del presente para esperar en el porvenir un punto cuya dirección estaba indicada en lo pasado.

Ninguna de estas desgracias es inevitable, pero el evitarlas depende de los padres única y esclusivamente. Sean éstos mas prudentes res-

pecto de sus hijos de lo que lo han sido quizá, respecto de sí mismos. Cuando ellos sean padres á su vez imitarán la conducta de los suyos, y así cada uno de éstos habrá sido el principio de una série de generacion felices que se transmitirán de una á otra con su recuerdo el culto de su bondad y de su sabiduría.

XLII. Nuestros hijos son unos depósitos sagrados que Dios nos confia. Debemos educarlos teniendo presente su interes para el porvenir y no el nuestro. Ellos nos deben la gratitud por haberles dado el sér, por los cuidados que les hemos prestado en sus primeros años, y sobre todo por el esmero con que hemos cultivado su inteligencia. Ellos se forman mas bien á ejemplo nuestro que por nuestras lecciones. Lo que se quiere que ellos no vean, lo que se cree que no han comprendido, es precisamente lo que mejor han visto y lo que mejor comprenden. Su vida es una vida de observacion, y en esta edad ejercitan el raciocinio mucho mas que la memoria. En el niño se encuentran todas las inclinaciones, todos los gérmenes de pasion que han de caracterizar mas tarde, al hombre maduro. Ninguna de estas inclinaciones, ninguna de estas pasiones está aun determinada al mal, porque si bien es cierto que el hombre no viene al mundo positivamente malo, sino enteramente libre, tambien lo es que trae al mundo mas propension al bien que al mal. Así lo único que importa es vigilar y dirigir estas tendencias, y este trabajo exige mas habilidad que rigor: malo es engañarse con un niño, y mas malo es todavía dejarle entrever una debilidad peligrosa; pero lo

peor de todo es dar ocasion á que pueda argüirnos fundadamente de injusticia.

Estas breves palabras reasumen los mas importantes de los deberes paternales, de esos deberes tan grandes, tan santos, que exigirian para su completa esposicion mayor suma de conocimientos, y sobre todo, mas esperiencia que la que puede reunir un solo hombre.

A esta última reflexion, que no ha sido dictada por la humildad, se añade otra que todo moralista ha hecho veinte veces, aunque muy pocos hayan pensado en escribirla: los padres no tienen tiempo de leer tratados de moral: mezclados en las luchas ardientes de la sociedad, consagrados sin descanso á poner los recursos en armonía con las necesidades, la mayor parte de ellos solo tienen tiempo para dar ejemplo y para combinar sistemas y discutir preceptos.

XLIII. Sin embargo, ¿quién pudiera instruirnos en las realidades de la vida mejor que nuestro padre? ¿No nos lo ha dado el cielo para que dirija nuestra razon, así como se ha confiado á nuestra madre el cuidado de dirigir nuestro corazon y de comunicarle el fuego que arde en el suyo? No consientan nunca los padres que den sus hijos un solo paso sin haber tanteado el terreno delante de ellos: enséñenlos sobre todo á verificar por sí mismos ese tanteo, para lo cual bastará con dos palabras, y bien pronto los verán, á la vez fuertes y reconocidos, elevarse sobre la multitud y rendirles con amor y con respeto el homenaje que les será debido cuando aquella los ensalce por los méritos de sus propias obras.

XLIV. Una de las mayores dificultades de esta prudente operacion es á la que precisamente huimos el cuerpo desde el principio sin proponernos jamas vencerla en los primeros ensayos. Nuestra imaginacion arrastrada por la impaciencia de nuestros deseos, nos engaña aun mucho mas que nuestros sentidos y á cada paso que damos en la vida, abandonamos una ilusion para correr tras de otra nueva.

¿Qué estudiante no se figura al menos una vez al año, que concluida su carrera le prepara su país natal una brillante ovacion? ¿Qué muger en los albores de su vida no se promete ser hermosa, amada y admirada? ¿Qué hombre no imagina ser un dia apreciado en el valor que se atribuye? ¿Qué anciano no cree haberlo conocido todo, juzgado todo, examinado todo, solo porque delante de él han desfilado durante su vida muchos sucesos que apenas ha visto? Jóvenes ó ancianos, hombres ó mugeres, ¿quién de nosotros podrá mantenerse constantemente en guardia contra esas cosas que nada son ó que son malas, y que sin embargo á veces se parecen á las virtudes, y á veces, por desgracia, se parecen tambien á la amistad?

Y sin embargo, conviene guardarse muy bien de matar estas ilusiones. Eso seria matar la esperanza, secar el corazon, debilitar las facultades de nuestra alma. Vengan, pues, las ilusiones; pero tratémoslas siempre como tales: dejémonos en buena hora arrullar por ellas, pero no adormecernos; concedámosles que engalanan de flores el camino por el que nuestra incesante actividad nos lleva al fin que nos pro-

ponemos en la vida; pero que no sean las ilusiones este fin. A falta de poder para salvar de un solo empuje la inmensidad del espacio, multipliquemos los puntos de estacion en ese largo camino, pero plantémoslos siempre en el campo de la realidad; y marchando despues por él á paso firme, avancemos poco á poco teniendo asido de una mano el punto pasado y tocando con la otra al inmediato: de esta manera llegaremos al término de nuestro afan, no en aparato de conquistadores, ni como esos hombres osados de los cuales la fortuna suele proteger á uno entre mil, sino de una manera sólida, sin haber causado heridas y sin haberlas recibido.

XLV. La mayor parte de los hombres se engañan ó fracasan en su propósito por no haber observado esta regla de conducta. Unos no saben dar á su actividad la direccion conveniente: y así vemos un cojo que se empeña en bailar, y á un enano que quiere convertirse en gigante batallador: otros solo buscan la gloria y procuran grangearse la popularidad: otros, no inquietándose por nada, ni proponiéndose objeto alguno, van dejando pasar la vida, enviñando á todas horas á los que son mas sábios y mas hábiles que ellos.

Sea cualquiera nuestra posicion en el mundo, pobres ó ricos, no debemos exagerarnos las dificultades, pero tampoco debemos negarlas, y contentos con alcanzar lo poco ó lo mucho que podemos, arreglemos nuestra vida en armonía con estas facultades, y no de conformidad á nuestros deseos, en los cuales va envuelta las

mas veces una gran dosis de vanidad personal.

XLVI. Hé aquí algunas ideas sobre esta materia, que ocurren generalmente cuando se trata de aconsejar á los demas.

—Metodizar y arreglar la vida es señalarse en el mundo un lugar desde el cual pueda cada uno ser mas útil á los demas, y tener menos necesidad de sus servicios.

—El mundo, á que por otro nombre llamamos la sociedad, no está dispuesto como las ceremonias de aparato en donde todo se halla previsto y determinado con anticipacion, donde tal ó cual movimiento de uno de los concurrentes debe producir tal ó cual otro de parte de los demas, ó de una parte de ellos. Los accidentes se encuentran en él tan vária é infinitamente multiplicados, que su enlace lógico desaparece muchas veces á las miradas mas escudriñadoras. Importa mucho conocer esto, y fortificar nuestro corazon con el conocimiento de aquellos principios sólidos y fundamentales, que bien aprendidos y grabados en el alma, la ponen en disposicion de correr sin peligro alguno la mas desecha tormenta.

—No es un hecho cierto y reconocido el que háyamos venido al mundo para ser completamente felices; pero es á lo menos muy cierto que debemos trabajar lo posible para conseguirlo.

—Un oficio, un estado ó una profesion cualquiera, es una clase de servicio en cambio del cual la sociedad ofrece al que lo ejerce un medio de vivir ó quizá de hacerse rico.

—No hay oficio, estado ni profesion que ha-

ga al hombre necesariamente feliz.

—La felicidad bajo este respecto, depende del carácter, de la instruccion y sobre todo, del sistema ó método de conducta.

—Todos los oficios, todos los estados y todas las profesiones, permiten que el hombre sea honrado en su desempeño; pero no todos son igualmente útiles y respetables.

—Ese dicho vulgar: *no hay oficio que por sí mismo sea vil y despreciable, sino personas viles y despreciables*, es un arranque de la mas exagerada vanidad: hay oficios muy bajos y viles, pero no los han inventado personas sábias y entendidas. Mas acertado seria decir: *no hay mas oficios viles, que los de las personas que los envilecen*; y esto seria una verdad de todos modos.

—La clase de servicio que se ofrece á la sociedad, es *útil* cuando tiene por objeto satisfacer alguna de las primeras necesidades: es *respetable* cuando esta necesidad pertenece á la clase de las morales: es *honroso*, cuando esta necesidad moral exige para poder satisfacerse una instruccion muy profunda.

—Un hombre tiene derecho á la estimacion de los demas, y la obtiene en efecto, desde el momento en que desempeña con probidad é inteligencia el oficio á que está dedicado. Tiene asimismo derecho á la consideracion pública, y la obtiene, cuando por su manera de obrar y de conducirse, presta mayores servicios que los que se esperaba recibir de él.

—Elegir un oficio, un estado, una profesion con la mira de la gran utilidad que puede pres-

tar al público, es un pensamiento noble: elegir una profesion en alto grado respetable, es un pensamiento que corresponde á una inteligencia adornada de rectitud y sabiduria: elegir la profesion mas honrosa posible, es propio de un entendimiento elevado: pero comprender mas de lo que se puede realizar, es una imprudencia, es una falta culpable por poco que la vanidad haya intervenido en este hecho. En este caso jamas se obtiene resultado alguno. Si la inteligencia sola pudiera hacer á un hombre apto para el ejercicio de tal ó cual profesion ó estado, bastaria entónces consultar á la inteligencia, medirla, si así nos es lícito esplicarnos; y esto, aunque difícil, no sería enteramente imposible; pero no consiste todo en la inteligencia: hay en nosotros otra cosa que no depende exclusivamente de la fuerza de la voluntad ni de la accion del pensamiento, sino que en todo caso necesita ciertos materiales accesorios para manifestarse y desarrollarse: en otros términos, el obrero necesita un aprendizaje, el artista útiles é instrumentos, y el sábio una larga enseñanza, y ademas muchos medios de ejercitar su estudio, y de emplear sus trabajos. Por otra parte, antes que todo, necesitamos el pan, el vestido y aun abrigo para la intemperie. Es, pues, indispensablemente necesario que para la eleccion de un oficio, se consulten á la vez la inteligencia y la fortuna. Hay ademas una tercera condicion que es preciso tener en cuenta, y que en efecto se tiene presente sin pensar en ello; y cuando no se hace, es por culpa de la vanidad, el mas sutil y cabiloso de todos los



ergotistas. Esta tercera condicion consiste en apoyarse cada uno al tiempo de emprender su vuelo en el terreno en que se encuentra, y no contar para esto con otro terreno mas elevado al que se aspira entónces á llegar.

¿Por qué algunos hijos se desdeñarán de seguir la profesion de sus padres? Dicen que son demasiado instruidos y han recibido una educacion sobradamente esmerada para dedicarse á trabajos manuales. Sean, pues, mil veces mas instruidos, mil veces mejor educados; así serán unos trabajadores mas hábiles. Nunca se sabe demasiado, nunca se tiene demasiada inteligencia, por modesta que sea la profesion que se ejerce. Y si no, ¿por qué ciertas profesiones que antes se miraban como poco nobles, se hallan hoy dia rodeadas de una justa consideracion? Porque la instruccion se ha hecho para ellas una necesidad, y con la instruccion han venido la regularidad de las costumbres, la finura y urbanidad en las maneras; en una palabra, la elevacion de los sentimientos.

—Los casos de vocacion decidida son muy raros. Por otra parte, es de notar que la vocacion accidental no impone jamas una seria contravencion á las reglas de la prudencia ordinaria. Por regla general la vocacion, ya sea decidida, ya accidental, no es otra cosa que un deseo ardiente de abrazar esta ó la otra carrera. No sucede lo mismo con la aptitud; pero como siempre se supone que existe, nunca se nota su falta, y no nos inquietamos generalmente por ella.

—El hombre prudente no elegirá jamas por sí y ante sí su oficio, estado ó profesion, ni una vez elegida la abandonará repentinamente por otra. Sus esfuerzos deben siempre dirigirse á pasar por grados desde la posicion mas humilde á la mas elevada; y como este trabajo es obra de la inteligencia, y en último resultado la inteligencia viene á pasar de todas partes al mismo punto, todos podrán llegar á la misma altura. El artesano se hará obrero, el obrero artista, el artista sábio, y el sábio será lo que quiera.

—Un padre debe estudiar discretamente la aptitud de su hijo, examinar las probabilidades de éxito que segun esta aptitud presenta para tales ó cuales profesiones, y cuando en el secreto de su conocimiento haya hecho una eleccion acertada, debe dirigir hácia aquel punto las inclinaciones de su hijo, á fin de que éste solicite como un favor lo que siguiendo otro sistema, hubiera aceptado como una forzosa é indeclinable necesidad.

La desgracia de muchos hombres nace frecuentemente del abandono ó de la ambicion de sus padres. En el primer caso el padre cree haber llenado todos sus deberes cuando ha aprovechado una ocasion para proporcionar á su hijo algun aprendizaje con el menor desembolso posible, ó para darle una educacion gratuita en algun establecimiento del gobierno. En el segundo caso suele mirar mas alto de lo que puede, y no reflexiona que tal estado ó tal profesion exigen de antemano medios pecuniarios sólidamente asegurados. Esto no lo nota hasta que su hijo ha andado ya la mitad del camino, y en-